SANTA TERESA DE JESUS.

REVISTA MENSUAL

DEDICADA

A PROPAGAR LA DEVOCION A LA SANTA

POR MEDIO DEL CONOCIMIENTO DE SU VIDA Y ESCRITOS ADMIRABLES,

para alcanzar de Cristo Jesús,

por su poderosa intercesion,

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA, LA PAZ DEL MUNDO Y LA PROSPERIDAD DE ESPAÑA,

bajo los auspicios

del Ilmo. Sr. Dr. D. Benito Vilamitjana y Vila,

OBISPO DE TORTOSA,

Y LA DIRECCION

del presbítero D. Enrique de Ossó,

catedrático del Seminario conciliar de la misma.

AÑO PRIMERO.

(Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica).

BARCELONA :

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.

1872.

ILMO. SR. D. BENITO VILAMITJANA Y VILÁ,

OBISPO DE TORTOSA

En todos los tiempos, Dios nuestro Señor, que vela con paternal solicitud por el mayor bien de sus hijos, y que todo lo dispone con infinita sabiduría, ha provisto de remedio a los males del mundo.

Teresa de Jesús fue una de esas almas privilegiadas que, según podemos juzgar por los efectos, llenó en su vida uno de estos designios amorosos de la Providencia. Nacida dos años después que Lutero empezó a derramar su ponzoña por el mundo, enseñando que era imposible la guarda de los divinos mandamientos, Teresa de Jesús, mujer débil y flaca, le confundió con su ejemplo, arrastrando a su imitación a miles de almas de toda condición y edad, no sólo al cumplimiento exacto de los divinos preceptos, sino a la observancia de los consejos evangélicos más sublimes, con lo que demostró claramente que Dios no manda cosas imposibles, sino perfectas. Además reparó con su vida y escritos las pérdidas que la herejía con sus errores y vicios causaba a la Iglesia de Jesucristo.

Pasaron ya, Ilustrísimo Señor, y ojalá hubiese sido para nunca jamás volver, aquellos días y aquellas duras pruebas para la Iglesia y sus hijos; mas hoy recogemos todo su amargo fruto. Parece nos hallamos en aquellos aciagos días profetizados por San Juan en el Apocalipsis, en que el diablo desciende al mundo con gran furor para dañarle, porque conoce que le queda poco tiempo. ¡Tan ruda y cruel es la guerra que levanta contra todo lo que esparce el buen olor de Jesucristo! ¿Qué diría, qué haría Teresa de Jesús si viviese hoy entre nosotros, al ver devastado el jardín de sus desvelos, destruidos los templos, los monasterios y casas de oración convertidos en establos, o cosas peores, protegidos, mimados por la autoridad los protestantes, España sin la unidad de fe, llorando los sacerdotes y obispos la corrupción de costumbres, y preso el Vicario de Jesucristo? Teresa de Jesús, que por salvar una sola alma, gustosa, como ella misma afirma, hubiera sufrido hasta el fin del mundo todos los tormentos del purgatorio, ¿qué sintiera hoy día al ver cómo en su España la juventud bebe la iniquidad como el agua en libros y escuelas ateas, y las doncellas van perdiendo el pudor y recato, y la familia la santidad y cristiana educación? España de Teresa de Jesús y España del siglo XIX, ¡cuánto os desemejáis!

No obstante, no decae nuestro ánimo; todavía tenemos motivos de esperanza, porque la Iglesia de Santa Teresa permanece unida en la fe, y tenemos acá el recuerdo de sus virtudes y ejemplos admirables, sus escritos y enseñanzas, llenos de celestial sabiduría, y allá en la gloria sus oraciones y poderosa intercesión.

La raíz de los males del mundo actual es el orgullo, el egoísmo y la sensualidad. Con el orgullo va unida la falta de fe, el racionalismo: con el egoísmo la falta de caridad, de sacrificio. La tierra además está desolada, porque no hay quien medite ni ore como debe orar. Vemos secarse las flores más delicadas y preciosas, porque no son regadas con el rocío de la gracia del cielo que desciende por la oración: se enseñoorea de los corazones el deseo de gozar de este mundo, porque flaquea la esperanza de una vida mejor, y no hay sino odios, rencores, guerras y amenazas de una destrucción total.

Pues bien, recordando a todos los españoles, hermanos nuestros muy queridos, las glorias de nuestra Santa, descubriéndoles su imagen amabilísima, adornada de todas las virtudes y gracias, tremolando la bandera de Cristo Jesús con su mano, y cobijando con su manto a multitud de delicadas vírgenes, podremos decir al siglo del tanto por ciento, de los positivo, de la Internacional, de la molicie y sensualidad: Y que, ¿no podrás tú, que blasonas de poderoso e ilustrado, lo que estas tiernas Vírgenes han podido? ¿Acaso eres de más débil condición o más flaco que estas mujeres? Ven, siglo sin fe, a contemplar la hermosura y las riquezas de esta celestial virtud al resplandor de las luces que despide en Teresa de Jesús. Ven, siglo sin caridad y amor fraternal, a calmar la sed que devora tus entrañas con las cristalinas aguas de la oración de que la Santa es maestra. Ven, siglo insustancial y vano, helado por el frío de falsas doctrinas, a vigorizarte con la lectura de los escritos de una Virgen, que levantan por donde pasan llamas de amor divino. Ven, y serás salvo.

No lo dudamos; porque con la devoción a Santa Teresa de Jesús, maestra insigne de oración, derramará el Señor sobre la España indiferente el espíritu de oración, con el que vienen todos los bienes a las almas; el espíritu de fe práctica, que las fortalece y vigoriza; el espíritu de amor, que endulza todas las penalidades de este miserable destierro.

Beneficiar, pues, en provecho de nuestros hermanos, que lo son todos los españoles, este tesoro de virtudes y ejemplos de nuestra compatrona Santa Teresa de Jesús; popularizar

sus escritos y enseñanzas llenos de celestial sabiduría; aprovechar sus méritos, oraciones y poderoso valimiento a favor de todo el mundo, es, Ilustrísimo Señor, lo que pretende nuestra humilde publicación.

Si nuestro proyecto merece la autorizada aprobación de su señoría ilustrísima, y le dispensa su bendición y cariño, tendremos un nuevo motivo de agradecimiento a sus favores, y una prueba de que el Señor acepta en honra de su predilecta Esposa nuestra publicación, que únicamente a su mayor gloria emprendemos.

Desierto de las Palmas, 22 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de los Dolores de 1872.

B. a S.S.I.E.A., *Enrique de Ossó*, Pbro.

RVDO. D. ENRIQUE DE OSSÓ, PRESBITERO

Estimado D. Enrique: El pensamiento de publicar una Revista, cuyo objeto sea Santa Teresa, merece mi aprobación, y bendigo con toda la efusión de mi alma a V., que la ha concebido, y a sus dignos colaboradores.

Mucha necesidad tiene nuestra amada y pobre España de la protección de la Santa, y nada mejor para obtenerla que la imitación de sus virtudes. Ahí está la devoción verdadera y eficaz. Mas para imitar las virtudes de Teresa, es ante todo necesario conocerlas, y la Revista se encargará de ponerlas periódicamente a la vista de sus piadosos lectores, o en acción en los hechos de su admirable vida, o fotografiadas en sus preciosos escritos. Ahora bien, la virtud, amable en sí, reviste irresistibles encantos cuando es practicada por almas tan hermosas como la de Teresa. No será, pues, así lo espero, estéril en esta parte el trabajo de los redactores de la Revista.

Pero yo entiendo que ésta no ha de aspirar únicamente a satisfacer la piedad cristiana; que ha de ser algo más que una publicación ascético-mística. Teresa es una gran Santa, y es también una gran mujer, y una gran escritora. El papa Gregorio XV, en la Bula de Canonización, la apellida *nueva Débora, por quien obró Dios un gran prodigio en la Iglesia*. Bossuet y Leibnitz la juzgaban capaz de gobernar un imperio. Éste, protestante de toda la vida, y la famosa Cristina de Suecia, cuando lo era todavía, fueron, a despecho de las preocupaciones de secta, apasionados admiradores de sus libros, y no acababan de ensalzar el entendimiento, el corazón y el conocimiento de los hombres y de las cosas, de la Autora: y nuestro Clemencín, poniéndola al lado de la más grande de nuestras reinas, Isabel la Católica, dice textualmente: *que si la Santa hubiese sido reina, fuera otra Isabel; así como si Isabel hubiese sido religiosa, fuera otra Teresa*¹. No creo, en fin, que se excediese quien le acomodara lo que de Salomón dice la Escritura²: *Dedit quoque Deus sapientiam Salomoni, et prudentiam multam nimis, et latitudinem cordis sicut arenam, quae est in litore maris*: puesto que el Pontífice que la colocó en el catálogo de los Santos, no tuvo reparo en proclamarla a la faz de la Iglesia mujer fuerte, de gran corazón y altas aspiraciones, llena del espíritu de sabiduría y de entendimiento, y enriquecida con abundantes dones de naturaleza y de gracia; y tal la acreditan hechos y escritos.

Pero en nuestros días, los Santos tienen escaso favor en el mundo; y por lo que hace a Santa Teresa, no falta quien, bajo ese concepto, ha tratado de rebajarla. El *monjío*, se ha escrito, mató el genio de Teresa. Y el *monjío*, en el lenguaje mundano, son las cristianas virtudes y la santidad heroica de Teresa. El *monjío* mató el genio... ¡Oh, no; eso no es verdad!; Teresa fue grande, y fue grande, no a pesar de ser santa, sino porque fue santa. ¿Qué hubiese sido Teresa con su hermosa alma, con su ingenio penetrante, con su imaginación viva, con su corazón de fuego, y con tantas prendas de cuerpo y espíritu: pero descreída, vanidosa y liviana? ¿Qué han sido otras mujeres, igualmente favorecidas de la naturaleza? ¿Qué ha sido, por ejemplo, la famosa Jorge Sand con todo su talento y erudición sino una mujer funesta?

¹ Memorias de la Academia de la Historia. Ilustración 21, tom. VI, pág. 573.

² III, Reg. VI, 2.

Teresa, con su gran de, con su profunda humildad, con su castidad delicadísima, con sus altas virtudes, con su *monjío*, si así se quiere, ha sido un serafín; sin todo eso hubiese sido un demonio.

Considerar bajo este punto de vista a Teresa, es en mi concepto una tarea digna de escritores católicos, relativamente fácil, y sobre todo de una importancia de actualidad imponderable. Los hombres de ahora no nacen diferentes de los de otros tiempos; entre los que cada día vienen a la vida, los hay de todas condiciones y de diversos templos. Sin embargo, ¿dónde están los hombres generosos y las mujeres fuertes, los nobles y los grandes caracteres que antes honraban a todas las clases de la sociedad, has a las más humildes? Es tan general la degradación moral de la especie humana, por más que nuestra vanidad y soberbia se resistan a confesarlo; hemos degenerado tanto, que no sólo somos pequeños, muy pequeños, sino que apenas concebimos la grandeza de caracteres, que fue un tiempo casi común y ordinaria.

¿Cuál es la causa de tamaño rebajamiento?

Sin sacrificio no hay grandeza posible; pero el espíritu de sacrificio no lo inspira ni la educación frívola, afeminada y voluptuosa que hoy día recibe la juventud; ni la enseñanza *laica*, indiferente, quizás hostil a la Religión y extraña a sus santas prácticas; ni el positivismo calculador que ha invadido a todas las clases y es el alma de todas las empresas. El espíritu de sacrificio no se aprende sino en la escuela, ¡ay! casi desierta, de Cristo; en las otras escuelas se aprende a fomentar las pasiones que ciegan y embrutecen: se aprende el amor del siglo que endurece las entrañas, y el egoísmo que mata las aspiraciones nobles, y constituyendo al individuo centro universal de los deseos del corazón, erige a éste en ídolo, en cuyas aras será, si menester es, inmolada la humanidad entera.

He ahí la causa.

Reviva, pues, Teresa, y aparezca de relieve su gran figura en las páginas de la Revista y contemplémosla como es en verdad, sin mutilarla, separando lo que debe estar unido. Admiraremos a la gran escritora, inclinémonos ante la gran mujer; pero sin olvidar que sobre la mujer y la escritora está la Santa, y que Teresa fue gran mujer y gran escritora, porque fue gran santa.

Prosperere Dios a V. y a sus dignos compañeros por los méritos y oraciones de Teresa, y cuenten V. y ellos con mis simpatías y aprecio.

+ *Benito*, Obispo de Tortosa.

Tortosa, 6 de octubre de 1872

INTRODUCCIÓN

Un proyecto por largo tiempo acariciado en nuestro pecho empieza hoy a convertirse en realidad. Echábamos de menos en nuestra patria, país clásico del catolicismo, cuya historia es la más sublime epopeya que registran los anales de la humanidad, un medio de propaganda santa y patriótica que, a la vez que sirviese de lenitivo y de curación a los males de la patria, fomentase el espíritu religioso, católico-español, tan unidos siempre, o mejor identificados estos dos sentimientos de religión y patriotismo en todas las grandes empresas (sobrehumanas algunas) a que ha dado gloriosa cima la noble familia española desde los tiempos de Recaredo hasta nuestros aciagos días. No nos fue difícil el dar con algún héroe que simbolizase con gloria estos dos preclaros sentimientos en nuestra patria, donde se cuentan los héroes casi por el número de sus hijos. Si había alguna dificultad, era más bien en la acertada elección. No obstante, después de detenida meditación, hemos elegido a este fin, y creemos acertadamente, un héroe que se distingue entre todos por su vida y escritos admirables; una Virgen que descuella entre las esposas del Amado como la preferida, la única, que no ha tenido igual en el mundo, ni es fácil haya otra que se le asemeje, y ésta es la heroína española, la reformadora del Carmelo, la incomparable, la hidalga, la nobilísima Teresa de Jesús, virgen que nunca perdió la gracia bautismal, Esposa privilegiada de Jesús, Madre espiritual de numerosísimos hijos, ilustres por su virtud y santidad, madre y Doctora de la Iglesia, mujer varonil, fuerte e invencible, serafín en carne humana, milagro el más sorprendente de la gracia, terror de Lucifer y amenguadora de su imperio, destructora de la herejía, reparadora de la Iglesia. De santa Teresa de Jesús se dice con toda verdad que si muchas hijas del Rey de gloria han amontonado méritos y riquezas, ella las ha sobrepujado a todas, porque es toda de Jesús, así como Jesús es todo de Teresa.

A este fin, pues, obedece; a llenar este vacío en nuestra patria aspira nuestra humilde publicación; a hermanar estos dos sentimientos, los más nobles y grandes del corazón humano, el sentimiento religioso y el patrio, lo que se logrará cumplidamente por medio de la propagación entre los españoles de la devoción sincera a santa Teresa de Jesús, porque con ella se fomenta en el alma la devoción especial a Jesús, por cuyo amor renunció la Santa a los títulos de su ilustre alcurnia para apellidarse meramente Teresa de Jesús; el amor a María, a la que eligió por madre especial a los doce años, y cuyo culto propagó maravillosamente con la reforma del Carmelo; la confianza en San José, cuyo poderoso valimiento descubrió y extendió por todo el mundo; y la devoción a la Iglesia, porque después de protestar mil veces en sus escritos su obediencia, y haber consagrado su vida a trabajar por reparar las pérdidas que el error y la herejía le causaban, murió repitiendo: "Yo soy hija de la Iglesia". He aquí el sentimiento religioso en toda su pureza y perfección.

Además, Teresa de Jesús nos da lecciones y excelentes ejemplos de respeto y obediencia a la autoridad, de observancia y fidelidad a las leyes, de amor el más puro y desinteresado a favor de sus hermanos, el prójimo. He aquí el sentimiento patrio en toda su verdad y esplendor.

Y ¿por qué medio se logrará este tan noble fin? Dando a conocer, popularizando entre todos los españoles los escritos admirables de la Santa, y recordando los heroicos ejemplos de todas las virtudes que en su vida nos dio. Oigamos a este propósito la autorizada y elegante voz del V. Fray Luis de León, que en la carta que escribió a las Madres Carmelitas Descalzas dice así: "A lo que yo puedo juzgar, quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre y sola que le desafiase, y levantase bandera contra él, e hiciese públicamente gente que le venza, huella y acocee; t quiso sin duda para demostración de lo mucho que puede en esta edad, a donde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras".

"Además, prosigue el mismo autor, en sus escritos y libros sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la santa Madre Teresa fuese ejemplo rarísimo: porque en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y calidad con que las trata excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra

lengua escritura que con ellos se iguale... Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son a mi parecer los que con mayor eficacia hacen. Uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen a Dios delante de los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras pega al alma fuego del cielo, que la abrasa y deshace... que el amor grande que en aquel pecho santo vivía salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan, manifestando el fuego que encienden”.

Ciertamente no sé si puede lengua humana ponderar con mayor encarecimiento los bienes grandes que Dios nos ha hecho dándonos a Teresa de Jesús. Sólo el testimonio infalible de la Iglesia, columna y sostén de la verdad, supera al testimonio de los hombres, cuando pide a Dios que todos sus hijos *sean alimentados con el pábulo de la celestial doctrina de santa Teresa de Jesús*,

Tengo para mí que se va debilitando nuestro carácter español, hidalgo y caballero; que degeneramos de la salud espiritual y fe robustas de nuestros padres, porque nos hemos olvidado de comer de este alimento celestial y divino. Nuestros libros y las lecturas de la época actual son frívolas por lo común e insustanciales. Novelas, folletos, hojas sueltas, periódicos y alguno que otro escrito religioso, redactado muchas veces con poco o ninguno espíritu de fe y de amor; he aquí el alimento cotidiano de nuestra alma. Y con esto, ¿no ha de ser enfermiza y débil nuestra complexión y salud espiritual? Me causa santa envidia y experimento al mismo tiempo una satisfacción purísima, cuando al visitar alguna familia española de aquellas que tan bien pinta Fernán Caballero en sus cuadros de costumbres, al entrar en esas casas donde todavía vive puro el espíritu católico-español, descubro allá en un rincón o sobre una mesa algún libro antiguo, y leo: *Guía de pecadores, De la oración y meditación por el V. Fray Luis de Granada: Subida al monte Carmelo, por el venerable Fray Juan de la Cruz; Vida o Camino de Perfección de santa Teresa de Jesús*, y no me maravilla entonces la paz de que disfruta aquella familia modelo, su espíritu noble, reposado, su carácter franco y caballero sostenido por tan buenos amigos y consejeros. Pero, ¡ah!, lástima grande tenemos cuando al visitar a la gente de tono hallamos entre sus libros las novelas de Sue, Dumas o algo peor, si puede darse, y por ello nos explicamos lo poco sustancial de sus pensamientos, conversaciones y ocupaciones. El alimento no es sano, es nocivo; la salud no puede ser robusta. De aquí tantas inteligencias extraviadas; de aquí tantos corazones corrompidos; de aquí, en fin, resulta el rebajamiento del noble carácter español, tipo en otro tiempo de cumplidos caballeros por sus sentimientos cristianos y generosos.

Pues bien; introduciendo en las familias, popularizando el conocimiento de los escritos y ejemplos admirables de santa Teresa de Jesús, estamos completamente persuadidos de que han de despojarse muchísimas almas de estas cualidades bastardas, y han de recobrar otras nobles y santas, que les darán robustez y alegría, renovarán sus fuerzas como el águila, volarán a la consideración de las cosas celestiales, y descansarán en abundancia de paz, pues con sus escritos y sus gracias santa Teresa de Jesús hace amable la virtud y enciende en las almas el espíritu de fe y de amor de Dios.

Además de que, en nuestros aciagos días en que los *santos escasean y las verdades están muy menguadas*, fiamos mucho la salvación de nuestra España al poderoso valimiento que en el cielo tiene Teresa para con Jesús, valimiento que si no hemos menospreciado los españoles, a lo menos no lo hemos aprovechado cuanto es menester. Todos deploramos los males que hoy día afligen a la Iglesia en general y a nuestra España en particular. Pues bien, dígasenos: ¿Qué novenas, súplicas o funciones se han celebrado en obsequio de santa Teresa de Jesús, compatrona de las Españas, pidiendo al cielo favor por su intercesión? ¿Por qué al ver que el asendereado protestantismo se esfuerza en levantar su cabeza en nuestra patria para insultar la religión de nuestros padres y herir en lo más íntimo del sentimiento español, no hemos acudido a Teresa de Jesús, que como muro de bronce se opuso a sus maquinaciones en sus días? ¿Por qué al ver con dolor cómo la piqueta revolucionaria demolía nuestros templos y casas de oración, no hemos forzado al cielo por medio de santa Teresa, ella que tenía especial consuelo y emprendía los más rudos trabajos y vencía las más recias contradicciones por hacer su Esposo Jesús tuviese una morada más donde estuviese sacramentado? ¿Por qué? Porque nos hemos olvidado de la promesa formal de Jesucristo a la Santa Madre, de no negarle cosa que le pidiese, según ella afirma por estas palabras: *Asegurome (Jesucristo) que él me prometía que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese: que ya sabía él que yo no pediría sino conforme a su gloria*. De donde se colige que cualquier cosa

que la Santa pida a su dulcísimo Esposo Jesús, éste, que es Dios omnipotente, se lo concederá. Pidamos, pues, a Jesús su gracia y favor, el remedio de todos nuestros males, pero pidámoslo por intercesión de su esposa Teresa.

Españoles todos, sin distinción de clases, opiniones y partidos, *ora est iam nos de somno surgere*. Oíd la voz de uno de vuestros hermanos que se interesa por el bien y la verdadera felicidad de nuestra patria infortunada. Despertemos de nuestro letargo; hora es ya de que cese nuestro olvido e ingratitud a los dones del cielo, al favor y protección singular que nos ofrece para remedio de nuestros males en las oraciones de santa Teresa de Jesús. Tengo para mí, como ya advertimos en nuestra *Guía práctica del Catequista*, que el infierno trabaja mucho para hacernos olvidar a los españoles los tesoros inmensos de gracia y bendición que tenemos en santa Teresa de Jesús; en sus oraciones, en su vida y escritos admirables. Quizá en la recia tempestad que nos azota y que parece va a hundirse con ella la Religión y la patria, sólo falta que importunemos a Jesús, que aparenta dormir descuidado de lo que pasa, por la voz de su vigilante esposa Teresa, para darse por vencido y mandar a los vientos que cesen y siga la bonanza de paz. Lo cierto es, como nos asegura el Espíritu Santo, que vale mucho la oración del justo y del humilde delante de Dios, y, a lo que se puede juzgar, difícilmente se hallará otra oración en el cielo de más valor, después de la de María y José, que la de aquella que fue maestra y doctora de la oración.

Españoles todos sin distinción de clases ni partidos, cavemos en esta mina, ahondemos en este tesoro, beneficiemos este fértil campo,, y sea nuestro siglo el siglo de santa Teresa de Jesús, así como es ya el siglo de María Inmaculada, del glorioso san José, del Corazón de Jesús, de cuyas glorias fue el más preclaro apóstol nuestra Santa. Que no haya ciudad en España que no tenga alguna iglesia dedicada a santa Teresa de Jesús, ni pueblo que no le erija algún altar, ni aldea que no venera alguna de sus imágenes, ni casa que no posea alguno de sus hermosos retratos, ni pecho español que no levante en su corazón un ara de gratitud, admiración y afecto. Que la música y la poesía, el pincel y el buril, el canto y la palabra de vida se emplee todo en obsequio de santa Teresa de Jesús, y donde haya un pecho español que profese devoción ardiente a su Dios y a su patria, haya un fino amante y devoto entusiasta de santa Teresa de Jesús. Que los sacerdotes den a conocer a sus fieles y les pongan por modelo su vida y escritos celestiales; que los padres inspiren esta devoción a sus hijos; que los niños mamen con la leche de sus españolas y católicas madres el amor a Teresa de Jesús: que los nobles aprendan de la nobleza de la Santa a serlo en buenas acciones y obras cristianas; que los pobres procuren ser sufridos y amar la pobreza a imitación de santa Teresa, la que siendo riquísima se hizo voluntariamente pobre, y halló sus delicias en la pobreza, que todos los corazones, en una palabra, se revistan de los mismos sentimientos y afectos generosos y cristianos del corazón de Teresa de Jesús, nuestra patricia ilustre, hermana, maestra y doctora. Así regeneraremos a la decaída España, así curaremos sus llagas, que le han abierto el egoísmo y la impiedad, así florecerán en nuestro suelo, país clásico del catolicismo, la fe, la piedad, el espíritu de oración, la fraternidad cristiana, la paz y la prosperidad.

Hoy, día de la muerte de la Santa, en el mes consagrado a los Ángeles de la Guarda, sembramos un grano de mostaza en el campo del Señor, en la heredad de María, en el país de la devoción a San José. Teresa de Jesús mirará con especial predilección, como esposa encargada de velar por su honra, todo lo que puede fomentar los intereses de Jesús, cuyo agente es el *Mensajero*. Teresa de Jesús, hija del Carmelo, dará a conocer las glorias de María Inmaculada, cuyos *Ecos* resuenan en nuestra católica España. Teresa de Jesús promoverá, más y más, las glorias de su señor y padre San José, cuyo paladín es su *Propagador*, que tantos miles de lectores cuenta. Reconocemos que no es digno de alabanza el que siembra y el que cultiva, sino Dios que da el incremento. Mas como nuestra plantación es obra de Teresa de Jesús, y ningún motivo de especulación ni mira terrena mueve nuestra pluma, confiamos fundadamente, por el amor y comunidad de intereses que hubo siempre entre Jesús y Teresa, que este grano de mostaza crecerá en frondoso árbol, que sus hojas y sus frutos serán de salvación para el pueblo español, y que las aves del cielo posarán sobre sus ramas, y las más rastreras (que para todas habrá lugar), se cobijarán bajo su sombra cantando a Dios himnos de gratitud, admiración y alabanza por habernos honrado entre todas las naciones del mundo, dándonos a santa Teresa de Jesús.

Cristo Jesús, que tiene en sus manos el corazón de todos los mortales, incline el de todos los españoles a las luces de verdad y amor divino que difunden la vida y escritos de santa Teresa de Jesús, y pueda con ello decirse de todos los españoles, como de los primitivos fieles: *Cor unum et anima una*; hay entre todos los españoles un solo corazón, una sola alma

por la unidad de sentimientos, y santa Teresa de Jesús con sus oraciones, su vida y sus escritos forma el lazo de tan hermosa unión.

Véase ahora el

PLAN Y CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

Para evitar la monotonía y amenizar nuestra Revista, después de la sección doctrinal consagrada exclusivamente a dar a conocer la vida y escritos de santa Teresa de Jesús, habrá una sección de variedades con alguna poesía, alguno de los dichos o hechos más notables de la misma. milagros y gracias que ha dispensado y dispensa a sus devotos, una revista de los intereses de la Santa, que son los mismos de la Iglesia de su Esposo Jesucristo, los obsequios que se le tributan en los varios puntos de España, las gracias que soliciten alcanzar por su mediación. Por fin, como Pío IX, el Vicario de la Iglesia de Jesucristo, está cautivo y pobre, procuraremos socorrerlo con oraciones y limosnas, abriendo con el primer número una suscripción a este objeto,

Como la especulación para nada entra en nuestro propósito, hemos fijado la suscripción al precio de 46 rs. un año, con el objeto de repartir a nuestros suscriptores varios libritos de la Santa, o que traten de la misma, y así puedan adquirir con el tiempo una biblioteca completa y selecta de todo lo que dice relación con la seráfica Doctora. Por hoy no decimos más. Esperamos que las obras hablarán más alto que las palabras.

SANTA TERESA DE JESÚS

Ab omnibus per famosam hyperbolem
appellatur Theresia omnipotens.
(A. V.)

El mundo todo proclama a Santa Teresa
de Jesús omnipotente.

No nos esforzamos en ensalzar las glorias de Santa Teresa de Jesús con solo el objeto de honrar a la Santa, sino con el fin principal de despertar, avivar y perfeccionar la confianza que todos los españoles debemos tener en tan ilustre Valedora. A este fin juzgamos leerán con gusto e interés los siguientes elogios, que hemos recogido de varios autores, nacionales y extranjeros. Son flores escogidas con las que intentamos tejer una guirnalda para orlar las sienas de nuestra Heroína española, para que así mejor captive el afecto, admiración y confianza de nuestros lectores. Oigamos con respeto y grabemos en nuestro corazón estos testimonios, porque son todos de personas notables por su virtud y santidad, o profundo saber, o por ambas cosas a la vez.

El primer testimonio es del mismo Jesucristo. “Aseguróme Jesucristo que él me prometía que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese” (Palabras de santa Teresa de Jesús). “En adelante, como verdadera esposa, velarás por mi honra; ahora ya eres mía, y yo soy tuyo” (Palabras de Jesús a santa Teresa). “Yo te doy, hija mía, todos mis merecimientos para que, como propios tuyos, puedas alcanzar de mi Padre soberano cuanto pidas” (Palabras de Jesús a santa Teresa).

Síguense después las palabras que la Virgen santísima dijo a la venerable Francisca del Sacramento, y se leen en su vida, escrita por Lanuza, lib. III, c. 5. Dice así: “Es expresa voluntad de Cristo Señor nuestro que sea muy honrada santa Teresa de Jesús, no sólo de los españoles, sino de toda la cristiandad”.

La Iglesia, nuestra madre, columna y fundamento de toda verdad, que no peca por exageración. Hace de santa Teresa de Jesús y de sus escritos un tan cumplido elogio, que no lo ha prodigado a ninguna otra Santa. “Los escritos de santa Teresa de Jesús, dice, están llenos de celestial sabiduría, son muy propios par elevar el corazón de los fieles y encenderlos en el amor de las cosas celestiales”. Y después de pedir a Dios que todos sus hijos sean alimentados con el pasto de la celestial doctrina de Teresa de Jesús, la llama por su vicario Gregorio XV, en la bula de canonización, *nueva y sublime luz de la Iglesia*. Por esto sin duda colocó esta sublime luz en el templo del Vaticano la más cercana a la puerta, para que con sus resplandores iluminase y guiase a todos los fieles que visitan el sepulcro de los Apóstoles, al ingresar en el primer templo de la Cristiandad.³

Además, es la única Santa de quien la Iglesia española tiene rezo propio con un prefacio magnífico en la misa, después de leer en su honor la Epístola propia de los Doctores, precedida de aquella alabanza, tomada del libro III de los Reyes, capítulo IV, versículo 29, que tan bien cuadra a nuestra Santa: “Diole el Señor prudencia y sabiduría grandísima, y anchura de corazón, como la arena que hay en la playa del mar”.

La sagrada Rota, en la relación de las virtudes de nuestra Santa (relación 2ª, artículo 5º), la hace hablar de este modo: “No conozco ninguna otra gloria que aquella que recibe Dios Nuestro Señor; todas las demás me son injuriosas. El Señor es testigo de que mi vida, mi cuerpo, mi alma y todos los intereses de mi honra no son distintos de los que realzan la magnificencia de su gloria”.

³ La primera imagen que se descubre al entrar en la iglesia de San Pedro en Roma, es la de nuestra Santa. Está colocada en la primera columna al entrar a mano derecha, y debajo se lee: *Sancta Theresia spiritualis mater*: “Santa Teresa, madre espiritual”. En la columna de enfrente está su compañero y amigo, san Pedro de Alcántara. Aún no se ha borrado la impresión que sentimos al visitar Roma el año 70, y descubrir la bella imagen de nuestra compatricia ilustre. Verdaderamente Roma es la patria de todos los católicos. Todos tienen allí hermanos, amigos y valedores.

“Créese con fundamento, afirma la misma sagrada Rota, que, aunque la Santa exagera sus faltas, lo que prueba su profunda humildad, jamás cometió pecado mortal, sino que conservó fidelísimamente la gracia bautismal”,

“Ciertamente, decía san Francisco de Sales escribiendo a una priora Carmelita, no pienso jamás en vuestra beata Madre Teresa de Jesús, que no sienta provecho espiritual con mil consolaciones”.

“Asombra, prosigue el mismo Santo, ver una tan grande elocuencia en una tan grande humildad; tanta firmeza de espíritu en una tan gran sencillez”.

“Siempre que me acuerdo de santa Teresa de Jesús, o veo las paredes de sus monasterios, se renueva en mí el deseo de mejorar de costumbres”, decía el Ilmo. Yepes, obispo de Tarazona.

“Por intercesión de santa Teresa de Jesús, hemos de alcanzar todas las felicidades que puede darnos Dios” (Carta de la Infanta María Teresa a la Archiduquesa Mariana de Austria).

(Se continuará)

LA FIESTA DE SANTA TERESA DE JESÚS

El día 4 de octubre del año 1582, entre nueve y diez de la noche, siendo pontífice Gregorio XIII, y reinando en España Felipe II el Católico, voló al cielo el alma de Teresa de Jesús, consumida su vida por el amor divino.

Su corazón no podía sufrir el incendio del amor de Dios que la abrasaba; los deseos de unirse con su Esposo Jesús crecían de día en día, hasta que este amor la hirió de muerte, como canta la Iglesia:

*Divini amoris cuspidē
In vulnīs icta concides.*

Recibidos todos los Sacramentos, a las siete de la mañana se echó de un lado como pintan a la Magdalena, con un Crucifijo en las manos, que no lo dejó hasta que se lo quitaron para enterrarla. Quedóse estática, sin moverse absolutamente por catorce horas, y con el rostro inflamado y hermoso como un Serafín. ¿Qué pasó en aquel raptó? ¿Qué vio y oyó la Santa? No lo sabemos, mas siendo el último de su vida bien podemos creer que saboreó las delicias del cielo. Algo llegaron a rastrear los que la asistían, pues Ana de San Bartolomé, su compañera de viajes y virtudes, vio en esta ocasión a Jesús que estaba a los pies de la cama, acompañado de san José y la Virgen María. La enfermera Catalina de la concepción oyó un ruido como de mucha gente que venía y entraba en la celda de la Santa; (se cree eran los once mil mártires), y con tanta luz que no dejaba ver las monjas que allí había, y llegando a la cama de la Santa espiró, viendo al propio tiempo una religiosa salir de su boca una paloma, que rodeada de Ángeles se subía hacia el cielo. Oyó Teresa de Jesús la voz de su Amado que le decía: *Ven, amada mía, paloma mía, esposa mía; date prisa, amiga mía, que ya ha pasado el invierno de la vida, y comienzan a aparecer las hermosas flores de la primavera de mi eternidad y gloria*, y al ver que el divino Esposo empezaba a rasgar el velo que encubría la hermosura de su rostro, Teresa, con todas sus fuerzas lánzase con ímpetu, amorosa, a los brazos de su Amado, y rotos los lazos de la vida, entra en el gozo de su Señor. Entonces con toda verdad pudo decirse de Teresa:

Entrado se ha la esposa
En el ameno huerto deseado,
Y a su sabor reposa
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos de su Amado.

Reposa en paz, Santa dichosa, reclinada en tan deseado abrazo, y no te olvides de tu España, hoy día más que nunca necesitada de tu amparo y favor. Mira desde el cielo, y visita con tu socorro la viña del Señor que tú con tantos sudores regaste y cultivaste, y haz florecer en ella la fe, la piedad y las demás felicidades.

Aunque la Santa murió en el día 4 de octubre, su fiesta se celebra el 15, porque como en aquel año se enmendaron los tiempos, quitaron diez días, y al día siguiente que debía contarse 5 de octubre, se contó día 15. Murió de 67 años, seis meses y siete días. Vivió en religión unos cuarenta y siete; los veinte y siete en la Encarnación, de monjas calzadas, y los veinte en su Reforma; y fundó catorce conventos de frailes y diez y seis de monjas.

MILAGROS ACAECIDOS EN LA MUERTE DE LA SANTA

En la muerte de la Santa manifestó Dios con mas de una señal, dice el papa Gregorio XV, a qué sublime grado de gloria la había encumbrado, pues que se apareció a muchas religiosas devotas y temerosas de Dios. Una vio sobre el tejado de la iglesia, en el coro y sobre el cuarto donde ella estaba muerta, un resplandor de luz celestial; un árbol inmediato a su cuarto, cubierto de polvo, escondido por una pared y agostado ya de muchos años, se halló de repente cargado de flores en el momento en que espiró. Su cuerpo se manifestó, después de su muerte, con una singular belleza, sin una arruga y de una candidez maravillosa, semejante a los vestidos y lienzos de que se servía durante el tiempo de su enfermedad, exhalando un olor suave y delicioso, con gran sorpresa y admiración de todos. Una religiosa que ya de largo tiempo tenía mal de ojos y dolor de cabeza, tomó la mano de la difunta Virgen, y llevándola a la cabeza y sobre los ojos, al momento quedó sana: otra besando sus pies recobró el sentido del olfato que había perdido, y sintió realmente el olor del perfume que ella despedía por virtud divina. Además de este olor celestial, consérvase hoy día su cuerpo incorrupto, manando un óleo suavísimo, con el cual ha obrado el Señor grandes y multiplicados prodigios.

SUSPIROS DEL ALMA

HERIDA DEL AMOR DIVINO

La vida temporal
A ti, o vida eterna, comparada,
Es tanto desigual,
Que puede ser llamada,
No vida, sino muerte muy pesada.
¡Oh vida breve y dura,
Quien se viese de ti ya despojado!
¡Oh estrecha sepultura!
¿Cuándo seré sacado
De ti para mi Esposo deseado?
¡Oh Dios!, ¡y quién se viese
En vuestro santo amor todo abrasado!
¡Ay de mí!, ¡quién pudiese
Dejar esto criado,
Y en gloria ser con Vos yo trasladado!
¿Oh cuándo, amor, oh cuándo,
Cuándo tengo de verme en tanta gloria?
¿Cuándo será este cuándo,
Cuándo de aquesta escoria
Saliendo, alcanzaré tan gran victoria?
¿Cuándo me veré unido
A ti, mi buen Jesús, de amor tan fuerte,
Que no baste el ladrido
Del mundo, carne o muerte,
Ni del demonio a echarme de esta suerte?
¡Oh quién se viese presto
De este amoroso amor arrebatado!
¿Cuándo me veré puesto
En tan dichoso estado,
Para no ser jamás de allí mudado?
Dios mío, mi bien todo,
Mi gloria, mi descanso, mi consuelo,
Sacadme de este lodo
Y miserable suelo,
Para morar con Vos allá en el cielo,
¡Oh si tu amor ardiese
Tanto, que mis entrañas abrasase!
Oh si me derritiese!
¡Oh si ya me quemase,

Y amor mi cuerpo y alma desatase!
Abrid, Señor, la puerta
De vuestro amor a aqueste miserable;
Dad esperanza cierta
Del amor perdurable
A aqueste gusanillo deleznable.
No tardes en amarme,
Y en hacer que te ame fuertemente:
No tardes en mirarme
(¡Oh Dios omnipotente!),
Pues me tienes a mí siempre presente.
Tú mandas que te llame,
Y aquí estoy con suspiros ya llamando;
Tú mandas que te ame,
Yo lo estoy deseando;
Más tú, Señor Dios mío, ¿hasta cuándo?
¿Cuándo has de responderme,
Y darme aqueste amor que estoy pidiendo?
Vuelve, Señor, a verme;
Mira que estoy muriendo,
Y parece que vas de mí huyendo.
Ea, Señor eterno,
Dulzura de mi alma y gloria mía;
Ea, bien sempiterno,
Ea, sereno día,
Tu luz, tu amor, tu gracia presto envía.
Por ti suspiraré
En tanto que durare en mis prisiones:
Nunca descansaré
De echar mis peticiones
Hasta que a ti me lleves y coronas.
De ti si me olvidare,
Mi Dios y dulce amor, mi enamorado,
En el olvido pare,
Sin que haya en lo criado
Quien de mí, triste, tenga algún cuidado.

San Juan de la Cruz

RETRATO DE SANTA TERESA DE JESÚS

Como nuestro principal intento al publicar las glorias de santa Teresa de Jesús es despertar en los españoles afición a la Santa, pues con ella creemos vendrán todos los bienes a las almas, y como por otra parte nuestro corazón no se mueve a amar si no conoce antes las partes de los objetos, hemos juzgado muy conducente a este fin el poner desde el primer día delante de los ojos de nuestros lectores un acabado retrato de la Santa, trazado por mano maestra, mientras llega la ocasión de poderles ofrecer una copia fiel del que, viviendo aún, pintó el bendito Fray Juan de la Miseria por mandato del V. Gracián. Fíjense bien en los sublimes rasgos, en lo delicado de los perfiles de tan hermoso cuadro, y de seguro amarán nuestros lectores a santa Teresa de Jesús, prendados de sus gracias. Dice, pues, el P. Ribera, de la Compañía de Jesús, al describir las partes naturales que Dios puso en la Santa: - Era Teresa de Jesús de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo; frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas; Los ojos negros y redondos y un poco papujados (que así los llaman, y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos, y vivos, y graciosos, que en riéndose, se reían todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña, y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo, las ventanas de ella arqueadas y pequeñas, la boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso, y las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que le daban mucha gracia; uno más debajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parecía muy bien, y de buen aire en el andar, y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comúnmente aplacía mucho.

Viniendo al alma, tenía muy buen ingenio, y echábase bien de ver en las labores que hacía, inventando muchas, y labrando historias que ponían devoción y admiración. Diola Dios también un entendimiento grande, que abrazaba mucho, y agudo; un juicio reposado; no nada arrojada, sino llena de madurez y de cordura. Pensaba muy bien lo que había de hacer, y veía lo que había en la cosa de que pensaba, y después de determinada tenía gran constancia y firmeza para seguirlo y llevarlo a cabo. Su prudencia era mucha para encaminar las cosas que emprendía, y para gobernar los monasterios, como se parece bien en los que dejó fundados, y en las personas que en ellos están, a quien puso en tanta humildad y mortificación y oración. Tenía gran destreza para despachar negocios, a todos acudía, y para esto no le había de faltar salud. Escribía a señores y a los demás que era menester, y sus cartas acababan grandes cosas. Calabra con gran facilidad el entendimiento y talento y condición de las personas que trataba, y veía por dónde las había de llevar. Enseñaba con mucha claridad y amor, y estimaba mucho a los buenos teólogos, y ninguna cosa de importancia hacía sin su parecer. Tenía un ánimo más que de mujer, fuerte y varonil, con que alcanzaba lo que quería, y hacía estar a raya las pasiones naturales, ayudada de Dios. Veíase esto cuando salía de sus monasterios, que sintiendo con grandísima ternura el apartarse de sus hijas que en ellos dejaba, y especialmente cuando veía que no las había de ver más, lo disimulaba de tal manera, por no darles a ellas pena, como si no tuviera sentimiento alguno... También se veía esto en la paciencia y fortaleza que tenía en las enfermedades grandes y ordinarias, y en llevar con grande igualdad de corazón las adversidades, y persecuciones, y malos sucesos. Tenía grandeza de corazón, que es la virtud que llaman magnanimidad, y así no dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y de éstas gustaba mucho.

Tenía a todos gran respeto y la debida reverencia; pero si trataba con grandes señores o señoras, hablaba y estaba con un señorío natural, como si fuera una de ellas, y decía todo lo que era menester, y reprendía las faltas, y si entendía que convenía romper con cualquier persona de estas, hacíalo con grande ánimo y con poca pesadumbre, como se vio algunas veces. Con ser tan amiga de la pobreza, era liberal y animosa para gastar donde era menester, aunque no lo tuviese, y muy cumplida en todo. Su habla era muy graciosa y su conversación muy suave, grave, alegre, llana, cuerda, y a cualquier cosa que se tratase salía muy bien, y entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían. De aquí venía que a donde quiera que iba era muy querida de todos; y juntamente muy estimada. Sus padres a ella querían más que a los demás hijos, y cada uno de sus hermanos la amaba más que a los

otros; sus monjas amabanla lo más tiernamente que una madre puede ser amada; lo mismo hacían sus confesores y todos los que la trataban, porque tenía gracia particular para atraer a sí los corazones. Cuando entendía que algunas personas graves sentían mal de ella, o lo decían, o la querían mal, íbase a ellas y dábales cuenta de algunas cosas suyas, según veía que convenía, o hacíales buenas obras, por donde venían a caer en la cuenta, y de allí en adelante la amaban y estimaban mucho. Hablaba familiar y humanamente con todos, con alegría, con amor, sin encogimiento y con una santa y apacible libertad, de tal manera que, quien la veía y sabía de sus cosas, se espantaba de ver que quien tan alta oración tenía y tan familiarmente trataba con Dios, hablase con los hombres como si nada de aquello tuviera.

Y así como a ella la amaban mucho, así ella también tomaba gran amor a quien se lo tenía, y a todas las personas que veía eran buenas y llanas y honestas, y especialmente cuando veía que eran buenas para el servicio de Dios y bien de los prójimos. Esto le venía de ser en gran manera agradecida; acordábase siempre de los bienes que le hacían a ella, o a sus hijas, aunque fuesen pequeños, y no acababa de encarecerlos, y agradecerlos con palabras y con obras, en cuanto ella podía. Tenía una muy noble condición, y agradable a todos, amiga de ayudar y hacer bien, y de dar gusto, aunque fuese muy a costa suya, y padeciendo ella mucho; muy inclinada a obras de misericordia y de caridad, enemiga de la hipocresía y de murmuraciones, aunque fuesen livianas; no sabía decir mal de nadie, sino de sí; a todos alababa; las virtudes ajenas publicaba y engrandecía, las suyas tenía gracia particular en cubrir las y deshacerlas. Era honestísima, y naturalmente aborrecía toda deshonestidad en palabras y en obras, y muy recogida, y en todo bien inclinada. Estimaba mucho la honra antes que Dios la llamase de veras, y ésta era le era gran freno para excusar todo lo que la podía dañar. Y como era amiga de la limpieza del alma y del cuerpo, así también lo era de la limpieza de los vestidos, y de traerlos bien puestos, y andar aseada, porque toda descomposición, así interior como exterior la descontentaba. En su comida era muy templada; vino nunca lo bebía; en sus vestidos pobre, pero muy limpia; en su regalo muy escasa, con tener tantas y tan grandes y ordinarias necesidades; en el de las otras muy larga y muy piadosa; y así cuando en los caminos había malas posadas, su cuidado era mirar por las personas que llevaba consigo; éstas deseaba estuviesen bien acomodadas, y para sí de cualquier cosa se contentaba. De la verdad era muy amiga, y aborrecía todo engaño y doblez... Y después, una de las cosas que más tormento le daba era pensar si traía engañados a sus confesores, aunque sabía que no los deseaba engañar. No había de ser llevada por mal: si la llevaban por bien, fácilmente la vencían, y así en el tiempo que no se había enteramente convertido, los regalos de Dios tenía por el mayor castigo de sus pecados y descuidos, de cuantos podía haber, porque ser regalada, cuando había merecido castigo, como veía cuán mal lo hacía en no ser muy agradecida a quien tanto amor le mostraba, confundíase y fatigábase, y deshacíase más que con cuantas enfermedades y dolores y trabajos le venían, porque con éstos parecíale que pagaba algo de lo que debía, y el recibir mercedes, cuando menos las merecía, érale un género de tormento terrible. En lo que he dicho y en otras cosas muchas que podrán decir los que mejor saben conocer el natural de cada un, si lo trataron, he querido mostrar la excelente naturaleza que Dios le dio, y el vaso que aparejó para los altísimos dones que en él había de echar. Pero porque la gracia perfecciona la naturaleza, todo esto se entenderá mejor en lo que diremos en los capítulos siguientes, hablando de la gracia y admirables virtudes que el Señor le comunicó.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Querría ver a todo el mundo devoto de mi Padre san José (Carta 75).

Las cosas grandes no han menester más que buen ánimo y fervoroso principio.

No me ha venido trabajo que, mirando a Cristo cuál estuvo delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir (Vida, cap. 22).

¡Oh, válgame Dios, y qué vida esta tan miserable! No hay en ella contento seguro, ni cosa sin mudanza.

Dame consuelo oír el reloj, porque me parece me llevo un poquito más para ver a Dios, desde que veo ser pasada aquella hora de mi vida (Vida, cap. 40).

La Divinidad es como muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo; todo lo que hacemos se ve en él; lo encierra todo, y nada sale fuera de esta Grandeza. Si lo viesen los que le ofenden (a Dios), no tendrían corazón ni atrevimiento para hacerlo.

¡Dichosas vidas las que se acabaren en *defensa de la Santa Iglesia!*

No consintamos que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró con su sangre.

Quien no creyere *las grandes mercedes de Dios*, no las verá por experiencia, porque es el *Señor* muy amigo de que no pongan tasa a sus obras.

¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas, ni tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? (C. de P., cap. 2).

EFICACIA DE LAS PALABRAS DE SANTA TERESA

Dice el venerable Yepes que santa Teresa de Jesús con todos negociaba bien, rindiendo con sus palabras lo que no hicieran grandes capitanes; porque en sus palabras era poderosa, sabia y dulce, y a la verdad nada más poderoso que su palabra. Pasaba a la fundación de Sevilla y, llegando a la Venta de Abbimo, unos soldados comenzaron a acuchillarse con otros hombres; díjoles la Santa: *Hermanos, miren que está aquí Dios, que los ha de juzgar*; y en ese punto cesó la riña, y todos desaparecieron.

En un hospital de Burgos daba un pobre grandes voces y gritos, que atormentaban a los demás enfermos. Díjole la Santa: *Hijo, ¿cómo dais tales voces y no lleváis ese mal por amor de Dios?* Pusiéronle estas palabras una mordaza; y aunque le curaban, no se quejaba más que si no tuviera mal.

D^a Beatriz Soballa, sobrina de la Santa, estaba muy fuera de querer ser monja; y díjole: *Beatriz, anda por donde quisieres, que al cabo has de venir a ser monja descalza*. Y fue esto como sentencia definitiva.

¡Qué gracia, qué fuerza, qué suavidad y dulzura! Poderosa sois, Santa mía, en vuestras palabras que así rinden y consiguen cuanto desean. Consigan del Señor Jesús, ahora que estáis en el cielo, cuanto necesitamos para ser felices acá, y después venir a veros en la gloria.

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS

Al dar cuenta en esta sección a nuestros lectores de los intereses de la Santa, nos ceñiremos siempre a recordar los hechos mas notables que se han verificado en toda la Iglesia durante el mes, persuadidos como estamos que los intereses de Teresa son los mismos que los de su enamorado Esposo Jesús. De los hechos sacaremos siempre útiles enseñanzas y estímulos para dar gracias o pedir mercedes y misericordia a Cristo Jesús por intercesión de la que está encargada por palabra formal del mismo de celar por el aumento y conservación de su gloria. Por esto habrá al final una corta súplica que podrán rezar todos los días los amantes de la Santa.

¿Cómo anda el mundo? ¿Qué pasa en él? Todos lo sabemos, porque todos tenemos motivos de llorar, y a todos nos alcanzan sus males de cerca. El mundo no anda, cae a cada paso que da, porque ha perdido el equilibrio, está fuera de su centro. No es la justicia y la verdad la que impera, no son los principios del derecho natural los que rigen a la sociedad, no es la idea cristiana la que preside a los consejos de los actuales gobernantes, sino la conveniencia, el interés propio, la ambición, y, lo que es peor, el odio o indiferencia a todo lo que lleva el sello del Catolicismo. ¿Cómo no ha de ir de mal en peor la sociedad actual que se esfuerza, ¡insensata!, en arrojar a Cristo Jesús de las leyes, de la instrucción, de la familia, del individuo, Él que es el camino, la verdad y la vida? El mundo clama hoy como los judíos en otro tiempo a la vista de su Salvador: *Tolle , tolle*; quítalo de nuestra vista, porque su vida purísima es reprensión perenne de nuestros crímenes. No queremos que reine sobre nosotros, porque no queremos otro rey que al César. Muera, muera, no queremos su compañía, sino la de Barrabás, que nos es más semejante." Este es el grito y el deseo del infierno. ¿Y quién sabe si Dios airado concederá al mundo lo que pide en su frenesí, y le dirá como al pueblo deicida: "No has querido otro rey que al César, pues bien; lo tendrás, pero será para tu castigo y tu degradación. Me has pospuesto a Barrabás, es decir, has amado mas las tinieblas que la luz, pues bien; quedarás ciego, y no conocerás tu ceguera y tu miseria, y así ni clamar podrás para alcanzar remedio?".

Esto es lo que merece el mundo actual, en el que sus reyes y sus príncipes, sus poderosos y sus legisladores van coadunándose y levantándose en armas contra el Señor y su Vicario en la tierra.

Mas Dios es bondadoso, y los castigos siempre los templea con su clemencia, y en todos ellos nos deja ver un rayo de su misericordia. Que misericordia grande es ver como el Vicario de Jesucristo, el anciano e invencible Pío IX, abrazado con su cruz en el monte del dolor, fijos los ojos al cielo y sin auxilio en lo humano, ilumina al mundo con sus palabras de vida y sus ejemplos, y conserva los principios de la dignidad humana, que han de labrar su felicidad. Misericordia grande es el poder contemplar en medio de las luchas intestinas de los pueblos, de las discordias de todas las naciones, la unidad de la fe y de acción de todo el episcopado católico, de los sacerdotes de Cristo. Misericordia grande es el fervor y unidad de miras y sentimientos de todos los fieles de la cristiandad, unidos con inquebrantable firmeza a la roca de Pedro, en medio del desconcierto universal que nos amenaza. Y resplandece esta misericordia y este prodigio, sobre todas las naciones, en la Iglesia de Teresa de Jesús, donde todo el episcopado es uno e invencible en el celo de la gloria de Dios y en la defensa de los derechos de la Iglesia; donde los sacerdotes prefieren vivir en la mayor estrechez y privaciones antes que soltar una palabra que rebaje su dignidad y decoro, fiando, raro ejemplo, en la palabra y providencia de su Señor, que ha dicho: "Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura"; donde, en fin según el `resentimiento de Pío IX, se ha de renovar el prodigio de antiguos días en que cayendo la piedrecita del monte destrozara al coloso de la impiedad.

Abreviemos estos días de prueba imitando las virtudes y buenos ejemplos de nuestra Heroína, Teresa de Jesús; hagamos violencia al cielo valiéndonos de sus eficaces oraciones y poderosa intercesión para que venga pronto al mundo la paz, amanezca el triunfo de la Iglesia, y reine en España toda felicidad.

Digámosle a este fin todos los días la siguiente

SÚPLICA

Amabilísima Teresa de Jesús, encargada por Jesús de velar por su honra, os pedimos con todo fervor nos alcancéis de este vuestro Esposo que veamos pronto la paz del mundo, el triunfo de la Iglesia y la prosperidad de vuestra España. Oíd benigna las súplicas de vuestros

hermanos los españoles, Vos que sois poderosa para lograr cuanto pidiereis a Jesucristo nuestro Señor. Amén. Un *Padre nuestro*.

JACULATORIA. Santa Teresa de Jesús, compatrona de las Españas, rogad por nosotros, rogad por la Iglesia, rogad por Pío IX.

UNA CONVERSIÓN CÉLEBRE DEBIDA A LA LECTURA DE LAS OBRAS DE LA SANTA

Una de las más notables conversiones obradas por la lectura de los escritos de la seráfica santa Teresa de Jesús es la que se verificó en Breme, ciudad de Alemania, el año 1639, con uno de sus más doctos herejes. Cuéntase de éste que poseía un gran caudal de ciencia de ciencia; tanta, que le bastaba para refutar los escritos de los hombres más sabios e ilustrados de su tiempo, llegando su atrevimiento hasta el extremo de refutar al mismo san Pablo en sus Epístolas. Pero este hombre, cuyo orgullo no pudieron rendir ni la fuerza de la verdad, ni las plumas de los más sabios católicos, se dobló con facilidad a la sola lectura de la Vida de santa Teresa. El caso fue que, envanecido con la facilidad que tenía para refutar la doctrina católica, y habiendo oído celebrar por distintos conductos los escritos de nuestra Santa, vínole al pensamiento que también él tendría gracia y habilidad para echar por tierra sus escritos y convertir sus elogios en desprecios. Pero, ¡oh prodigio!, leer las obras de la Santa y quedar confundido fue toda una misma cosa. A pesar de haber tanto que entender con sus obras a los más distinguidos letrados, y de haber refutado con tanta habilidad y sutileza sus escritos, se estrelló su ingenio con los de santa Teresa, en cuya refutación había empleado tres años consecutivos, quemando en un mes lo que había escrito en los otros, quedando al cabo convencido de que la Santa seguía el verdadero camino de la salvación, que abrazó al momento, alumbrado y convencido por sus escritos, quemando públicamente los libros perversos que había compuesto, abjurando sus errores, y haciéndose hijo de la Iglesia “Yo le vi comulgar, escribe a un su hermano D. Duarte de Braganza, el día de la Purificación, con tanta devoción y lágrimas, que se veía era grande la fe que tenía. Escribe ahora sobre las Epístolas de san Pablo, refutando lo que sobre ellas tenía perversamente escrito”.

Si bastaron en aquellos tiempos los escritos de una doncella humilde para rendir y confutar los errores de los presumidos herejes, creemos con fundamento obrarán iguales prodigios en nuestros días, alumbrando a muchas almas y guiándolas por el camino del cielo, porque los escritos de la Santa penetran hasta el alma, y vive esta Maestra celestial en sus escritos, convirtiendo a unos, llamando a otros y aprovechando a todos.

MILAGROS OBRADOS POR SANTA TERESA DE JESÚS EN SU VIDA

El Ilmo. Sr. Yepes se halla embarazado al escribir los milagros que hizo santa Teresa, pues algunos son tan grandes, que parecen increíbles; pero la verdad es que sus obras son el testimonio más completo, pues cita a Dios por testigo de la verdad de cuanto dice, y asegura que omite muchos de los muchos que podía decir. Estos milagros, pues, no sólo se vieron en su muerte y después, sino también en vida, como aquí insinuaremos. Estando en la fundación de Ávila resucitó a su sobrino Don Gonzalo, sobre quien había caído una pared de la obra. Dio vista a un ciego, sanó a un deudo suyo que estaba muy apretado de mal de orina, y de lo cual ella misma hace mención en su vida. En la fundación de Villanueva sustentó el convento milagrosamente. En Salamanca, con sólo tocar con la mano el rostro de D^a María Artiaga, que estaba con tabardillo y fuera de sí, quedó sana. A tres monjas curó el dolor de muelas, y a un sacristán que se le arrodilló, pidiendo lo curase de un gran dolor que tenía. Otra que estaba con cuartanas, le pidió la bendición, y con ella quedó buena, y no le volvieron más. Cuando entró a ser priora de la Encarnación y se desmayaban las monjas, curaba al punto a cuantas tocaba. A la venerable madre Ana de San Bartolomé, que estaba más de un mes con calentura, la noche antes de salir la Santa, le dijo la había de acompañar por la mañana, y luego se sintió tan buena que la acompañó. A esta misma, que no sabía escribir, le enseñó de repente para que la ayudara. A una mujer que paría todos los hijos muertos, y que estando en peligro le pidió la encomendara a Dios, la curó de modo que parió hijo vivo, y muy pronto; y después otros. A otra que padecía flujo de sangre, le dio una cinta suya, y con esto curó. Uno de los mayores milagros de su vida fue que sus hijas no criaran piojos, lo cual es ciertísimo, como que los crían, cuando hacen alguna falta notable, o la novicia, si no es para la Religión.

Sobre estos y otros milagros de su vida, hay otros mucho mayores en que no se repara, como son los libros que escribió llenos de sabiduría divina e infusa, de modo que éstos son fijos y permanente, y cuantos los leen, no pueden menos de conocer en ellos la obra y milagro de Dios, por ser del todo imposible que una mujer pudiera escribir cosas tan admirables y divinas, y que nunca han llegado a conocer los mayores teólogos, y más en lo que se llama mística teología y oración. Sus profecías, sus raptos, su alto conocimiento de Dios, y su discernimiento de espíritus, son milagros de los más subidos y admirables. No lo es menos el haber sido la madre y fundadora de religiosos y religiosas, y haber fundado tantos monasterios. Todo esto, dice el Sr. Yepes, es un ajuntamiento de milagros, y pruebas grandes de la santidad de Teresa de Jesús, que exceden a cuanto se podría decir.

OBSEQUIOS A LA SANTA

Mucho deseamos y suplicamos encarecidamente a nuestros lectores que el día de la Santa, compatrona de las Españas, se celebre este año en nuestra patria con nuevo brillo e inusitado esplendor, porque las necesidades son extremas.

En Tortosa se le hará una novena solemne con sermón algunos días; el día de la Santa se cantará solemne misa con sermón, y el domingo infraoctava habrá misa de comunión general, que se ofrecerá por las necesidades de la Iglesia y de España. Además, todos los días de la novena se celebrará en su altar una misa, durante la cual se tocará el órgano y se meditará sobre las virtudes de la Santa.

El día 15 de cada mes se practicará igual obsequio, ofreciéndose la santa misa por las necesidades de la Iglesia y del Estado y de todos los devotos de santa Teresa de Jesús.

Quisiéramos que sus devotos procurasen en todos los pueblos hacer lo mismo; y para facilitarlo, en los puntos donde reúnan 68 suscripciones a la *Revista*, se podrá descontar la limosna de la misa (8 rs.) del valor de dichas suscripciones, en obsequio de los años que vivió la Santa.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE

CAUTIVO Y POBRE

El Director y redactores de la revista	100 pts.
Un amante de las glorias de la heroína española	4 “
Un pobre estudiante	1 “
Un joven devoto de santa Teresa	4 “
Teresa Oms y Badía, para el Pontífice de la Inmaculada	4 “
Por su madre María Badía de Oms, difunta	4 “
Un joven católico y español, admirador de la Seráfica Compatrona de su patria	4 “
Por su difunta hermana Juana Claramunt	4 “
<i>Suma</i>	<hr/> 125 pts.

(Sigue abierta la suscripción)